



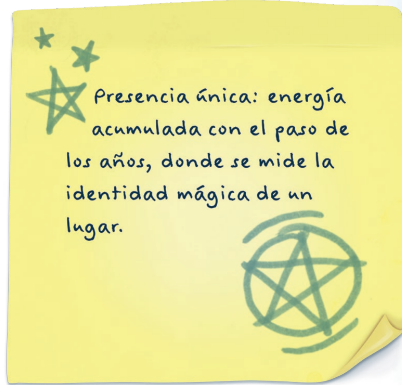
Propiedad de
MANOLO MARTÍNEZ

Querido lector,
 En este cuaderno encontrarás una recopilación de los misterios y personajes que he ido encontrando durante mi viaje por el centro de la ciudad de Madrid. Después de tantos destinos, me sorprendió ver cómo, según me acercaba al núcleo de la ciudad, más notaba que su presencia única comenzaba a desvanecerse.

Estaba realizando mis prácticas en el Ministerio de Asuntos Paranormales cuando me percaté de este problema. Así que decidí preguntarle directamente a las criaturas que protagonizan las leyendas más famosas de la ciudad. Muchos de ellos se encontraban alejados por el olvido o consumidos por la nueva cultura global, olvidando su propia esencia preservada durante siglos. Los que aún conserva-

ban la cabeza se quejaban de que sus oscuros callejones habían sido iluminados por los neones de las tiendas 24 horas, que alimentaban a quienes trasnochaban en los clubs de moda. El silencio de las calles, con el que antes susurraban al oído, se volvía tarea imposible con la tremolina que armaba el constante flujo de gente buscando la última prenda de moda en oferta. Pero lo que más estaba borrando del plano a mis queridas criaturas era el olvido de los propios madrileños.

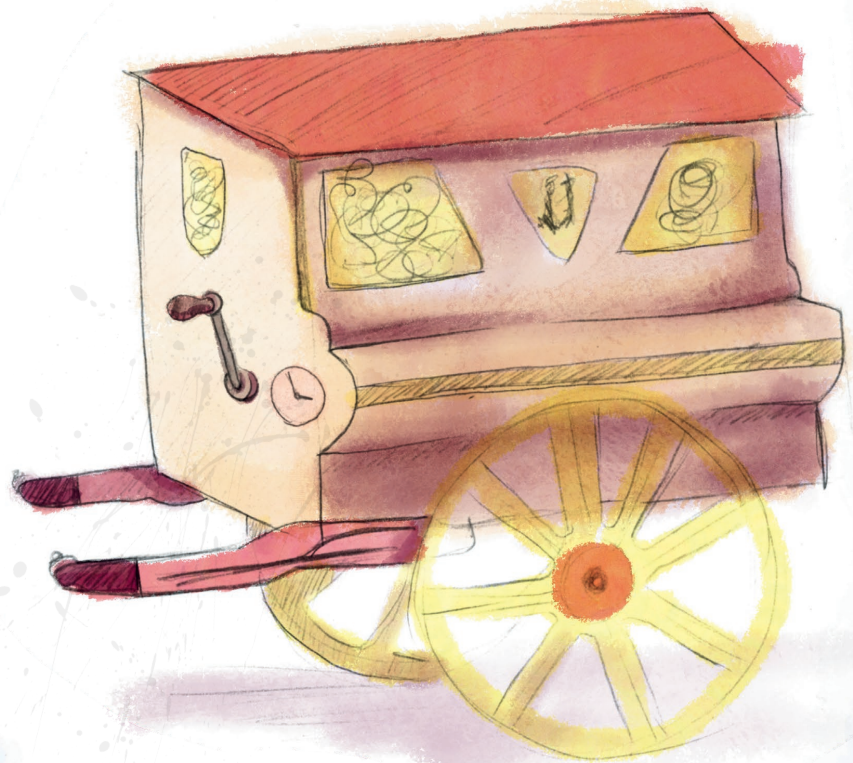
Para evitar que esto ocurra, he aquí mi pequeña aportación: una recopilación de mis encuentros durante las prácticas.



Madriz...

Madriz...

Madriz...





El primer día, tras mi apasionante paso por El Escorial, donde conocí a la Hermandad Neodruida y comprobé que las puertas del infierno seguían custodiadas por Felipe II, llegué a mi nuevo destino. Mi responsable me había enviado las instrucciones por un escueto WhatsApp.

Debido a la imposibilidad de encontrar un alojamiento asequible con mi bolsillo de recién licenciado,

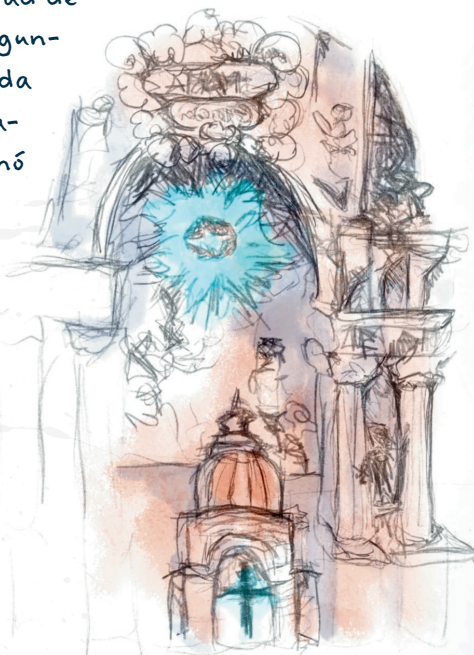
y en el que no tuviera que compartir cama con cuatro desconocidos, terminé desplazándome a uno de los barrios dormitorio que rodean el centro.



Mi primera tarea era dirigirme al Convento de San Plácido, conocido por los extraños sucesos que protagonizan sus monjas por la noche, aunque la leyenda que me interesaba a mí era otra: la de que el propio Felipe IV contrató a un demonio cuyo poder era construir relojes capaces de doblar la voluntad de

quien escuchara el paso de sus segundos. Quería que Leonor de la Cerda colgara su hábito de novicia y yaciera con él... Spoiler: ella terminó muerta.

Por si tenía algún inconveniente, me habían pasado el contacto de Sor Tesla, una monja de la orden que controlaba la actividad paranormal del convento y sus alrededores.



Sor Tesla

Nombre: Sor Tesla

Edad: Demasiada

División: Eclesiástica

Rango: Regente de zona

Habilidades: Médium / Demonóloga / Exorcista

Apuntes: Internada en el convento a temprana edad tras manifestar habilidades sobrenaturales. Se unió a la agencia a través de la Iglesia para poner sus dones al servicio de Dios y de España. Antigua exorcista superior y combatiente de élite, especialista en criaturas de tipo celestial. Actualmente, su labor se limita a supervisar el convento y sus inmediaciones.

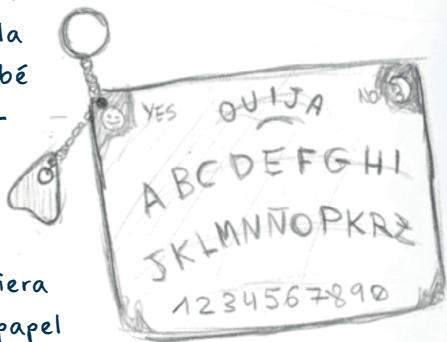


Antes de llegar, me detuve en una pequeña cafetería con un bonito cartel de bienvenida en inglés. Al entrar, me atendió un dependiente que me puso la misma cara que yo ponía en los exámenes de matemáticas del instituto cuando le pedí un café cortado. Terminé con un "Doble Unicornio Latte Descafeinado con leche de avena y sirope de Toffee Nut"... ¿Y por qué te cuento esto? Porque me gasté unos cinco euros en un café que no tenía previsto, y al llegar a la iglesia me pidieron esa misma cantidad para visitar



el interior. No había caminado ni diez minutos por el centro y ya me había dejado diez euros.

Me alegré de que no hubiera control de entrada, porque si me hubieran hecho abrir la mochila habrían encontrado instrumentos poco cristianos... aunque absolutamente necesarios para mi trabajo. Una vez dentro, saqué mi ouija de bolsillo, como me habían enseñado en las clases de la oposición, pero no hubo respuesta. Probé con una técnica experimental desarrollada en la Universidad de Oxford: cogí un papel, lo dividí en cuatro cuadrantes y escribí "Sí" y "No" de forma intercalada. Revisé que no hubiera nadie, puse un lápiz en el centro del papel y pronuncié las palabras mágicas para finalizar el hechizo: "Charlie, Charlie, ¿estás ahí?"... pero tampoco funcio-



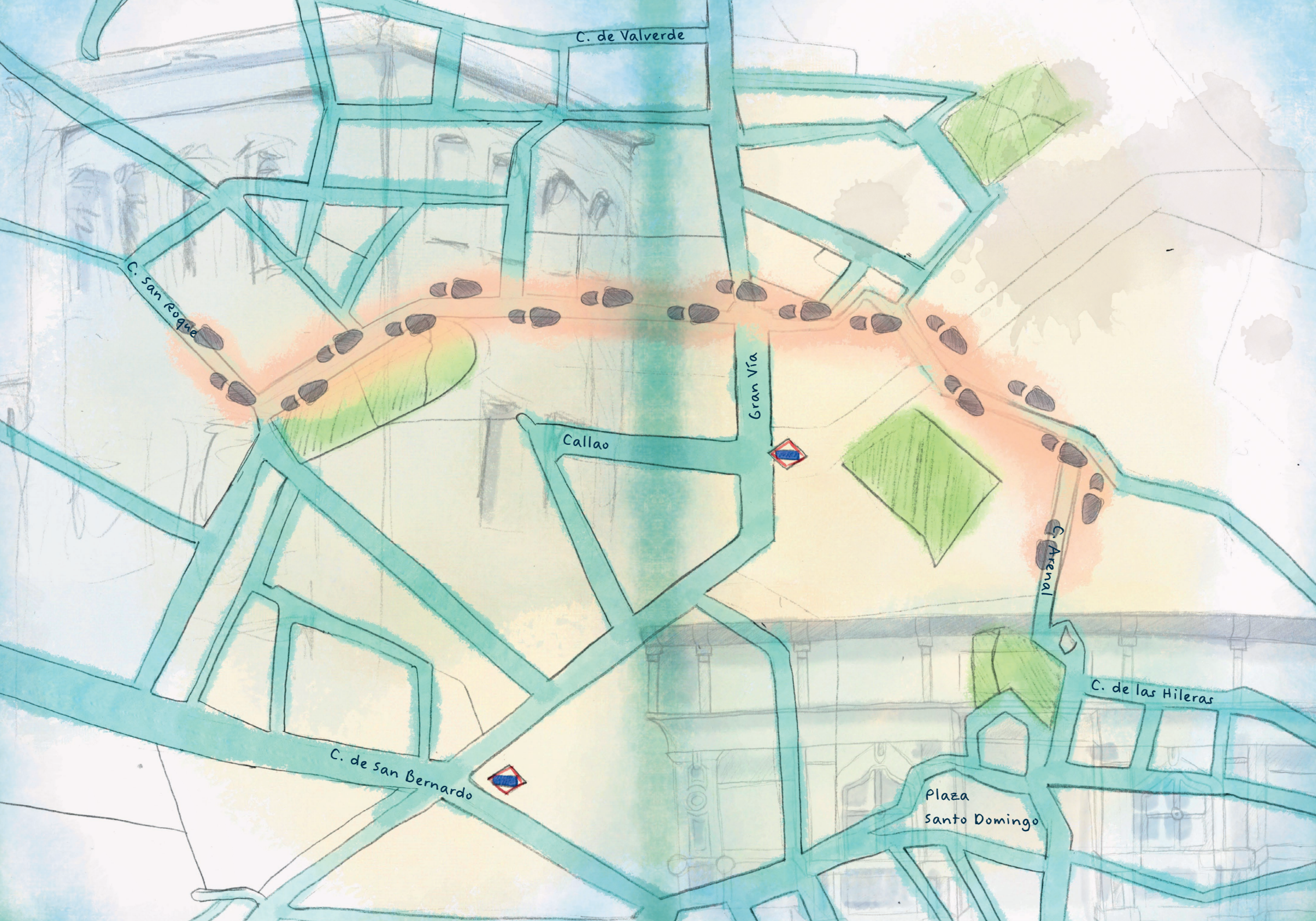
no. En ese momento me arrepentí de no haber tramitado la solicitud de acceso a la aplicación de psicofonías del Ministerio, aunque para ello necesitaba conseguir mi Cl@ve PIN, una misión que, por ahora, seguía sin superar.

!!! No me quedó más remedio que contactar con Sor Tesla, algo que había intentado evitar debido a las recientes trifulcas entre la división eclesiástica y la estatal. No quería ser yo quien echara más leña al fuego. Pregunté a la chica de la taquilla si podía ayudarme a localizarla, pero no tenía ni idea y me recomendó que llamara al timbre de la puerta. Al hacerlo y preguntar por Sor Tesla, me mandaron a otra entrada. Genial: cinco euros que seguro me devolverían en las prácticas con la mágica moneda llamada "experiencia".

La conversación con Sor Tesla no fue nada del otro mundo. No pude pasar más allá del claustro, ya que era un convento de clausura. Hablamos de cómo, desde la pandemia, la actividad paranormal había disminuido en picado, aunque en las últimas semanas el demonio relojero había desaparecido por completo. Me dio la sensación de que me ocultaba información. No entiendo por qué la Agencia no me ha comunicado esta situación tan grave. Algo no encaja. ¿Para qué mandan a alguien de prácticas sin recursos si la cosa está tan mal?

Aun así, Sor Tesla me recomendó que hablara con un contacto que podría saber más: un informante conocido como "Pérez", que solía moverse por los alrededores de la calle Arenal, concretamente en la antigua localización de la Confitería Prats.





C. de Valverde

C. de San Roque

Callao

Gran Vía

C. Arenal

C. de las Hileras

C. de San Bernardo

Plaza Santo Domingo

Según iba caminando, no podía evitar mirar la fachada de los edificios. Eran preciosos, con molduras blancas de motivos orgánicos, y hasta los más simples tenían terrazas con barrotes de hierro que se entrelazaban unos con otros como si fueran enredaderas. Los vecinos decoraban esos barrotes con banderas de todos los colores, y mi mente se perdía imaginando cada historia que podían albergar entre esas paredes. Pero pronto volvía a la realidad al bajar un poco la mirada y ver que la planta baja (y muchas veces hasta un piso más arriba) había sido modificada, sustituyendo el ladrillo original por grandes bloques grises o cubriéndolo con paneles de plástico de colores que

anunciaban la marca que ahora habitaba el lugar. Aquellas antiguas puertas de madera o de acero con cristal habían sido reemplazadas por accesos automáticos que daban entrada a una tienda, y los escaparates de cristal se expandían cada vez más hacia arriba, como si fueran un virus que creciera desde el suelo.



Recorrí la calle Arenal de arriba a abajo sin encontrar ninguna pista sobre la presencia de ese tal Pérez, así que decidí buscar en Google Maps la confitería de la que me habló Sor Tesla. Me mandaba a una calle en la parte trasera del Corte Inglés, justo al lado de una tienda de "Busco Oro". Al llegar, me encontré frente a la entrada de un mercado, pero antes de entrar, me fijé en una de esas placas doradas que hay en los edificios conmemorando la vida o muerte de alguien ilustre. Cuál fue mi sorpresa cuando leí en esta:

AQUÍ VIVÍA, DENTRO DE UNA CAJA DE GALLETAS EN LA CONFITERÍA PRATS, RATÓN PÉREZ, SEGÚN EL CUENTO QUE ESCRIBIÓ EL PADRE COLOMA PARA EL NIÑO ALFONSO XIII.



En ese momento todo cobró sentido. ¿Pérez?... ¿Ratón Pérez? No sabía si podía ser cierto. Siempre pensé que era solo un cuento para niños. Además, una celebridad así no pasaría desapercibida en los archivos del Ministerio. De aquella zona, lo único que me sonaba era que rondaban los fantasmas de San Ginés; sin darle más vueltas, me aventuré a entrar al mercado para buscar más información.

No tardé mucho en encontrar lo que buscaba: unos grabados casi imperceptibles junto a la panadería. Tuve la suerte de que solo había una señora con su carrito por la zona, así que pude agacharme a observar mejor la inscripción sin levantar demasiadas sospechas. El conjuro estaba escrito con letras muy pequeñas y muy cerca del suelo, por lo que tuve que hacerle una foto con el móvil para no dejarme el cuello ni la vista.



Apatrullando la ciudad,

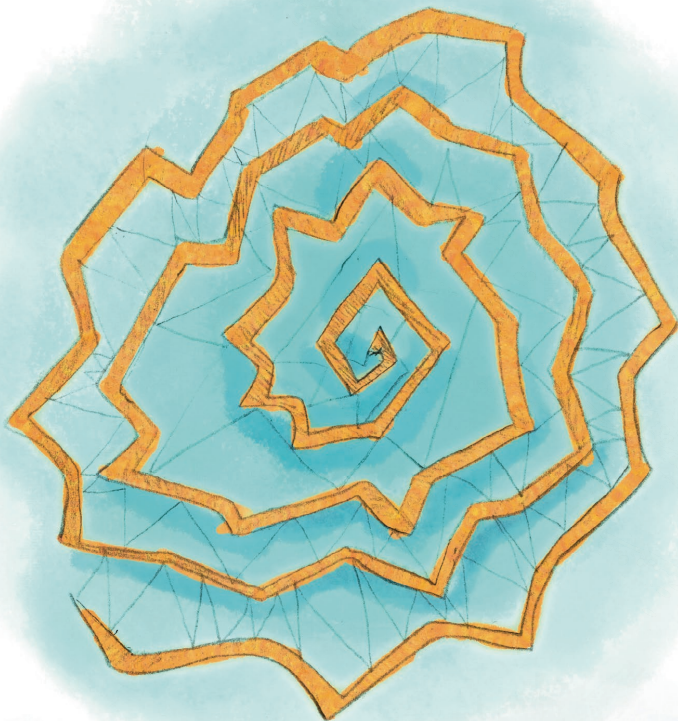
Apatrullando la ciudad,

Por la noche en las alcantarillas,

Apatrulla la ciudad.

Era un conjuro muy extraño. Normalmente están escritos en latín e implican algún tipo de sacrificio, pero parece que se están perdiendo las buenas costumbres...

De repente, una luz en espiral comenzó a formarse delante de mí. Fue creciendo hasta adoptar el tamaño justo para que pudiera entrar por ella. Debía de tener algún tipo de protección que solo permitía verla a quien pronunciara el conjuro.

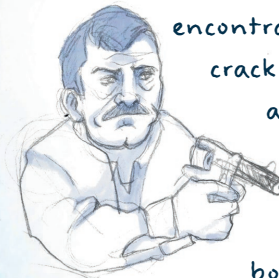


Antes de poder ver dónde me había metido, lo primero que me llegó fue el desagradable olor del lugar: una mezcla de meados, basura y mierda... no se lo recomiendo a nadie. Cuando, a duras penas, logré abrir los ojos (llorosos por el ambiente cargado que me rodeaba) pude distinguir lo que parecía una especie de pasadizo redondeado. Por el suelo y las paredes había papel higiénico, cajas de Happy Meal, panfletos del City Tour, bolsas destrozadas en las que aún se distinguía el logo de Primark... Sí, definitivamente seguía en Madrid.

Al final de aquel túnel se intuía una puerta de madera con un ventanuco por el que salía algo de luz. Esperaba poder pasar dentro lo antes posible, no sabía cuánto más podría resistir sin contribuir personalmente al olor a vómito del sitio. Para no alargar innecesariamente mi estancia allí, tomé una bocanada de aire como pude y recorrí el último tramo casi corriendo, aguantando la respiración. Dejé los buenos modales a un lado, abrí la puerta con rapidez y entré sin esperar a que nadie me diera permiso.



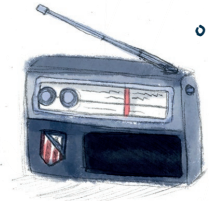
Nada más cruzar el umbral, tardé unos segundos en recuperar la consciencia. La luz me deslumbraba, un pitido agudo se colaba por mis oídos y tuve que forzar la respiración como si mis pulmones ya no se fiaran de seguir funcionando por sí solos. Cuando por fin logré alzar la cabeza, vi que me encontraba en una especie de oficina, aunque no de esas que podrías encontrar en la Torre Cepsa, sino una más al estilo de El crack de José Luis Garcí, si la hubieran rodado en los años sesenta y con el presupuesto de una compañía de teatro de jubilados.



Lo siguiente que llamó mi atención fue una bola peluda encima del escritorio. Era el mismísimo

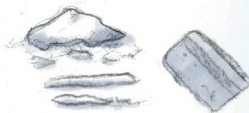


Ratón Pérez... o algo así. Porque desde luego no tenía nada que ver con las historias que me contaba mi madre de pequeño. Para empezar, de "ratoncito" nada: tenía el tamaño de un gato gordo. Su outfit tenía la misma estética decadente que su oficina, y el olor... bueno, tampoco es que la situación mejorara mucho en ese sentido.

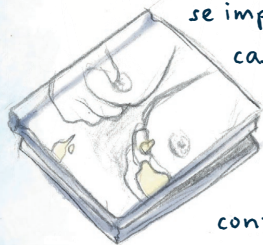


Con la voz que pude reunir en medio de esa vorágine de pensamientos que golpeaban mi cabeza, le pregunté si él era el señor Pérez. Pero me mandó callar y subió el volumen de la radio. Creo que estaban retransmitiendo un partido de fútbol, pero se entendía lo mismo que un anuncio por megafonía de un tren de Renfe. Aproveché ese momento para calmarme y acercarme un poco más a Pérez donde pude ver sobre su mesa una variedad de objetos que preferí no intentar deducir para qué servían.

Ya más cerca de él, decidí volver a preguntarle. Me miró de reojo y me soltó un seco "¿qué quieres?". En mi cabeza tenía preparado un discurso elocuente y sutil para manipularlo y ganarme su ayuda, pero mi timidez



se impuso y lo único que logré decirle fue que estaba de prácticas y buscaba información. Como se suele decir, es alguien que no necesita abuela, porque comenzó a hablar como si llevarse todo el día esperando que alguien le preguntara por su vida. Dijo que ya sabía que el ministerio acabaría contactando con él, que era uno de los mejores investigadores privados de la ciudad... y no sé cómo, pero terminó contándome toda su biografía.



Su abuelo había sido el ratón más importante de todos los tiempos, pero él decidió abandonar el negocio fami-



liar porque no le terminaba de convencer el horario nocturno a jornada completa, y además decía que muchas veces perdía más dinero del que ganaba. Así que, siguiendo su sueño, intentó formar parte del brazo duro de la ley, aunque no le dejaron por lo que calificó como "ratafobia". A partir de ahí, su monólogo se fue degradando con anécdotas de dudosa veracidad y detalles bastante escabrosos. Creo que mi mente decidió



borrarlos por el bien de mi salud mental, porque ahora mismo no sería capaz de recordar nada más... salvo una frase que, al contrario que el resto, se me quedó grabada. Me comentó que para él los roedores se dividían en dos grupos: los que se lavaban las manos después de tocar su cola y los que se las lavaban antes, y que él admiraba especialmente a estos últimos porque, según dijo, "la cola es lo máspreciado que posee un roedor". Espero que hablase de su cola como continuación de su columna vertebral... espero.

Finalmente, me armé de valor para interrumpirle como pude y preguntarle directamente por lo que me había llevado allí. Me respondió que justo él también estaba investigando lo mismo, pero después de escuchar tantas mentiras juntas en una sola frase ya no sabía qué creer. Aun así, me dijo que estaba siguiendo el rastro de una tal Indi Textalia, y que justo dentro de unas horas organizaba un evento en el rascacielos de Fuencarral. No tenía nada que perder, y mi supervisor seguía sin responder a mis mensajes, así que quedamos allí a la hora de apertura. Mientras tanto, decidí hacer una pausa para comer y aprovechar para visitar San Ginés.





Plaza
Descalzas

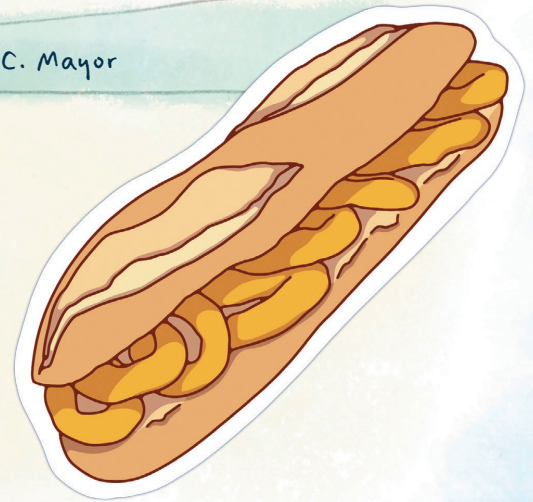
C. de San Martín

C. Tetuán

C. de Bordadores

C. Mayor

C. Mayor



Como por la mañana ya me había gastado más de lo que pensaba, decidí aprovechar que estaba en un mercado y coger algo rápido para picar. Me compré una barra de pan, un fuet y una napolitana de postre, por si te preguntabas cuál fue mi menú. Busqué un sitio para sentarme a comer, pero cualquier pared que veía a mi alrededor tenía pinta de ser un campo de cultivo para unas veinte enfermedades distintas. Así que me arriesgué a sentarme en la entrada de una casa en la que perfectamente podría aparecer un vecino para regañarme al bajar a pasear a su perro salchicha. Este tipo de momentos te hacen plantearte si no habría sido mejor ir a un sitio



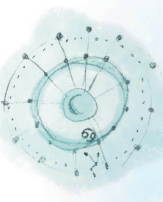
Borja Mari

de comida rápida... pero entonces le pegué un bocado al pan, crujiente y calentito por estar recién hecho, y se me pasó.

Aproveché ese pequeño oasis de tranquilidad para buscar a la tal Indi Textalia por internet. Lo primero que aparecía era que era una joven emprendedora española que había estudiado en el extranjero y que, desde muy temprana edad, había creado su propia empresa desde cero, convirtiéndose en una figura de referencia inalcanzable para su generación y las venideras. Pero, si leías un poco más allá, te dabas cuenta de que la empresa millonaria de su padre era quien financiaba sus nuevos emprendimientos rompedores-innovadores-fantabulosos-astronómicos-esplendorosos... que la iban a convertir en una triunfadora. Pero como eso pasaba cada semana, muy bien no le debían de ir los negocios.



Me preguntaba cómo alguien tan aparentemente "normal" podía estar relacionado con el mundo oculto. Vale que ahora está de moda el horóscopo y el manifesting, pero una cosa es eso y otra muy distinta hacer magia de verdad.



Una vez terminada mi napolitana, me puse en pie para dirigirme a la iglesia, otra de las localizaciones que me habían mandado visitar. De allí nacía una leyenda sobre un robo: el ladrón fue pillado por el sacristán, al que asesinó y colocó su cabeza a los pies de la virgen. El acto fue tan sacrilego y generó tal revuelo que el escándalo llegó hasta oídos del rey, que (con tal de quitarse el problema de encima) mandó ajusticiar a dos mendigos de la zona, culpándolos de los crímenes del ladrón. Ahora se cuenta que



los mendigos se aparecen en las noches de niebla, buscando al verdadero culpable de las muertes por las que fueron condenados. Ni era de noche ni había niebla, pero para eso me había pasado casi dos años estudiando una oposición.

Volví a probar los instrumentos que había utilizado en el convento, incluso intenté con algún conjuro de nivel intermedio... pero nada. Lo más extraño que vi fue a uno disfrazado de gorila gigante haciéndose fotos con los turistas delante de la iglesia.



Aún faltaban un par de horas para el evento, así que me debatí entre seguir investigando más localizaciones o tomarme otro café Doble Unicornio Latte Descafeinado con leche de avena y sirope de Toffee Nut... Sí, al final me encantó.

Empecé a abrirme paso como pude entre la espesa masa de gente. Me estaban arrastrando por sitios a los que no quería ir, cuando de repente choqué con un repartidor de flyers de un tablao flamenco para turistas. Al pobre le tiré todas las octavillas, y empezó a soltarme una chapa en spanglish, pero en cuanto le ayudé a recoger, se calmó un poco.

Cuando fui a devolverle los flyers, casi me caigo del susto: su piel era azulada, casi transparente, su cara desencajada y sus ojos completa-

mente blancos, como iluminados desde dentro. ¿¡¿UN FANTASMA REPARTIENDO FLYERS?!?!? Me contó que los alquileres estaban tan mal que ahora hasta los espíritus tenían que pagar por maldecir lugares. Y que la gente estaba ya tan insensibilizada con las locuras de Internet que pensaban que él iba disfrazado para llamar la atención.

Me presenté y le expliqué que formaba parte del Ministerio de Asuntos Paranormales, en el qué estaba haciendo prácticas en las qué debía visitar a los fantasmas de la iglesia de San Ginés, entre otros. Me sorprendió cuando me dijo que él era uno de ellos. Su nombre era Nuño, y llamó a su compañero con un silbido. Apareció otro fantasma, esta vez con unos cartones colgados al cuello anunciando un restaurante de poke bowls, cuyo nombre era Fernán.

Les pedí que me firmaran el resguardo de prácticas para demostrar que había estado con ellos, y justo antes de despedirme se me ocurrió preguntarles si sabían algo sobre la desaparición del demonio relojero. Fernán estuvo a punto de responderme, pero Nuño le cortó, ofreciéndome la información a cambio de que le comprara una entrada para el espectáculo de flamenco donde trabajaba. No me quedó otra que soltar 20 euros que serían recompensados nuevamente con "experiencia". Al menos me dio un vale 2x1 en chupitos.

Fernán, al ver el chanchullo, intentó regatear también, pero antes de que pudiera convencerme, Nuño empezó a hablar por encima

Los fantasmas pueden llegar a deformar su aspecto original por varios factores: El paso del tiempo, haber tenido una muerte muy violenta...



de él. Me contó que el demonio no había desaparecido, sino que se había emancipado del convento y ahora se movía libremente por la ciudad, sobre todo por la zona del ABC de Serrano. Incluso, al parecer, se había hecho una cuenta de Instagram. ¿Un demonio con Instagram? Eso se lo saltaron en el temario de entrenamiento.

Mientras los dos fantasmas se ponían a discutir sobre cómo repartirse los 20 euros, me despedí discretamente y me alejé hacia una calle colindante para respirar sin tanta gente alrededor.

¿Cómo era posible que el demonio se alejara de su punto original? Hasta donde yo sabía, cuando eso ocurría, el ente empezaba a perder memoria y capacidades, hasta desvanecerse del todo. Pero según lo que vi en su Instagram (@mr.devil_businessman), no solo se había movido por el barrio de Salamanca, ¡sino por medio mundo! Tenía fotos en las Maldivas, Dubái, Nueva York y mil sitios más, posando junto a coches de lujo. Además, al parecer daba cursos de motivación sobre estilo de vida y tenía hasta su propia criptomoneda. Sí que había exprimido bien las semanas desde que se fue del convento.

Estuve a punto de cerrar su perfil cuando me fijé en su última publicación: promocionaba un producto secreto que se revelaría hoy mismo en un evento exclusivo en Madrid. ¡Éra el mismo evento que íbamos a investigar con Pérez! Puede que esa rata no estuviera inventando las cosas como pensaba al principio.





C. de Jacometrezo

Plaza del
Callao

Gran vía

C. de la Montaña

C. del tenán

C. Arenal

Por fin llegó el momento de reencontrarme con Pérez. A escasos minutos de llegar, me surgía una duda razonable: ¿cómo iba a pasar desapercibida una rata gigante que anda a dos patas y habla? Pero después de mi charla con los fantasmas de San Ginés, supuse que podría hacerse pasar por un personaje promocional de Fortnite, además, alguien cuyo negocio familiar consistía en colarse de noche en las casas de la gente seguro que tenía sus métodos.

La verdad es que la Gran Vía es preciosa. Y no lo digo por el edificio de Schweppes, sino por todo lo demás: el cuidado y detalle en cada cornisa, algún que otro cartel antiguo que te hace viajar en el tiempo, mirar al cielo y ver estatuas de dioses griegos coronando las azoteas... todo eso hacía que mi mente se pusiera a inventar historias épicas. No me hacían falta rascacielos de cristal como los de Nueva York para imaginarme a un superhéroe salvando el mundo justo allí. Madrid tiene una especie de magia que te teletransporta a otras realidades si le prestas atención. Lo malo es que últimamente esa magia se ve eclipsada por una avalancha de estímulos sintéticos, como si andaras dentro del feed de TikTok de un adolescente de 16 años.

Al llegar, me encontré con una larga cola de gente esperando para entrar en el edificio. A los primeros de la fila les estaban entregando merchandising del evento tras registrar su correo electrónico, imagino que para llevar un recuento de asistentes. Justo cuando iba a ponerme en la cola, sentí vibrar el móvil. Tenía la esperanza de que fuera mi supervisor con nuevas instrucciones, pero no: era Pérez. Aunque tampoco me venía mal que fuera él. Me dijo que nos viéramos en una de las calles traseras del edificio, donde había menos movimiento. Así que hacia allí me dirigí.

Seguía habiendo algo de gente, pero nada que ver con el caos de la Gran Vía. Estaba a punto de marcar el número de Pérez cuando algo pasó por encima de mis pies. Se alejó tan rápido que no pude distinguir

bien lo que era. Diría que parecía un zorro por el color anaranjado del pelaje, pero eso en medio de la ciudad era poco probable. Quizá un perro pequeño o un gato con la cola exageradamente peluda. No me dio mucho tiempo a pensar porque, en ese instante, escuché la voz de Pérez llamándome desde uno de los contenedores.



Me acerqué y me indicó que me pusiera el móvil en la oreja para simular que estaba hablando por teléfono. Luego me ordenó que metiera la mochila en el contenedor, para poder meterse dentro y así colarse de incógnito en el evento. No me quedó otra que obedecer... aunque ya podría haber elegido el contenedor de papel, y no el de residuos orgánicos.

Una vez con Pérez metido en la mochila, volví a dirigirme a la cola. Intentaba guardar el equilibrio, porque además de que Pérez tenía el tamaño de un gato gordo... pesaba como un gato gordo. Cuando me puse el último de la fila, me empezó a invadir una sensación de soledad, todo el mundo había venido acompañado. Me sentía observado, como si el resto estuviera pendiente de mí, juzgándome o compadeciéndome por no tener con quién compartir la experiencia. Saqué el móvil y empecé a abrir aplicaciones para fingir que estaba haciendo algo interesante, pero eso solo aumentó mi ansiedad.

¿Y si parezco idiota? ¿Se habrán dado cuenta? Soy patético...

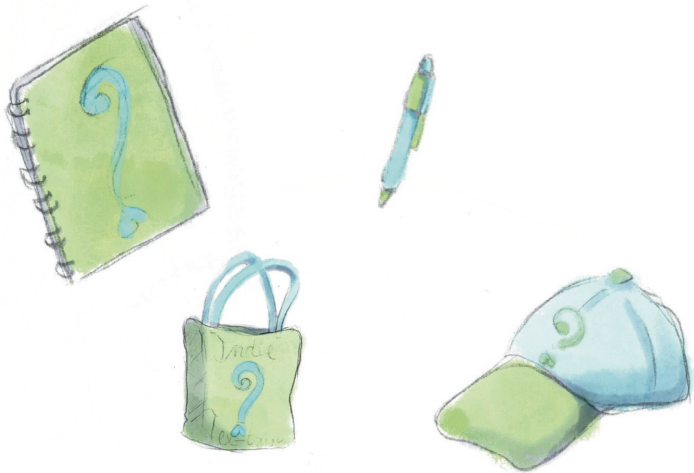
—Escribe aquí tu correo y firma donde la X, poniendo tu DNI —me dijo una de las chicas de la organización, que estaba registrando a la gente de la cola para mantener el orden.

Me pilló casi temblando, y tuve que reescribir mi correo electrónico un par de veces, lo que solo me puso más nervioso al notar que a ella claramente le estaba sacando de quicio que tardara tanto. Me hubiera

gustado preguntarle cuánto creía que tardaría en entrar, o leer con más calma la política de privacidad que iba a firmar, pero mi sensación crónica de estar molestando por el simple hecho de existir me lo impidió. Quizás acababa de vender mi alma al diablo, o había autorizado el levantamiento de las máquinas como nuevas conquistadoras del mundo... Nunca lo sabré, por no leer los términos y condiciones.



Al entrar me dieron una tote bag con unas barritas luminosas dentro. El evento estaba perfectamente diseñado para el denominado “español de charca”: había stands de todas las empresas fracasadas de Indi Textalia y otros patrocinadores, que por dejar tu correo y suscribirte a su newsletter te regalaban bolis, cuadernos, gorros... lo típico de esas maniobras publicitarias.



Volvió a sonar el móvil. Otra vez era Pérez. Me dijo que había quedado con su contacto en la planta 7, y que tenía que subir por el ascensor sin que nadie me viera. Pero no sé yo... un chaval con ropa de calle difícilmente pasaba por directivo de Telefónica.

Dejé la mochila en el suelo para buscar mi libro de hechizos y conjurar uno que me permitía volverme invisible mientras aguantara la respiración. Benditos ascensores modernos, que ahora suben a toda pastilla.

Pero al abrir la mochila, Pérez empezó a gritarme en susurros:

—¿¡Qué estás haciendo!?

Se me paró el corazón.



¿Y mi libro? ¿Y mis instrumentos?

Empecé a rebuscar enérgicamente, sin importar si le daba algún golpe a Pérez en el proceso. Él salió de un salto de la mochila y empezó a explicarme (o mejor dicho, a gritarme) que había tenido que hacer espacio para meterse él. Antes de que pudiera reprocharle, no sé cómo, pero consiguió darle la vuelta a la conversación y echarme la culpa a mí. Hablaba tan rápido que no me dejaba ni abrir la boca, pero creo que mi cara era lo bastante expresiva como para que captara lo que estaba pensando. Poco a poco fue bajando el tono, hasta que me propuso una nueva solución: subiría él solo a través de los conductos de ventilación y pediría a su contacto que nos viéramos más tarde, sin que yo tuviera que subir.

Acepté el nuevo plan. Además, me venía bien separarme un rato de él.

Pensé que el quedarme a solas me ayudaría a relajarme, pero la rabia de no haberle podido contestar se mezcló rápidamente con la ansiedad que volvía a apoderarse de mí. ¿Y si me pillaban y me echaban de las prácticas? ¿Y si me habían mandado hacer otra cosa y no me enteré bien? ¿Y si me hacían pagar todo el material que había perdido? ¿Y si estaba perdiendo el tiempo? ¿Y si...? ¿...Y si...? ¿...Y si...? Fui resbalando poco a poco por la pared hasta que mi culo tocó el suelo. Abracé mis rodillas

mientras el corazón me latía a mil por hora. Sentía que todo lo que me rodeaba se alejaba lentamente. Mandaba señales a mi cuerpo para que reaccionara, para ponerme de pie, pero no respondía. Los brazos me pesaban toneladas, los pies estaban pegados al suelo. Al menos, mi mente se había quedado en blanco en cierta manera; solo escuchaba mi propia voz dando órdenes desesperadas a diferentes partes del cuerpo que se negaban a obedecer.

Me sentía totalmente ajeno al lugar. Por un lado, ya no me importaba lo que pensarán los demás de mí, pero por otro, estaba pidiendo ayuda a gritos. Pero estaba solo. Como siempre. Había perdido tanto la esperanza de tener a alguien cerca que había terminado por enfocar mi vida a un trabajo donde debía tratar con fantasmas y criaturas que la mayoría creía inexistentes. Total, no tenía amigos a quienes ocultarles en qué trabajaba.



De pronto noté que algo tiraba de la manga de mi abrigo, pero mi cuerpo seguía sin responder. Tenía el cuello rígido y lo único que podía mover eran los párpados. Poco a poco, los sonidos a mi alrededor comenzaron a recuperar fuerza, y entre ellos empecé a distinguir la voz de Pérez. Debía de ser él quien me estaba llamando. Probé a hacer una cuenta atrás mental, tratando de forzar algún movimiento, al menos girar la cabeza. Fui intentándolo con todo el cuerpo, incluso con los dedos de los pies, pero era imposible salir de ese estado de encierro. Pérez empezó a sacudirme con fuerza, y de repente escuché una voz femenina y noté un frío helado en el otro brazo. El susto debió de ayudarme, porque logré dirigir la mirada hacia ese lado: una mano azul, semitransparente.

Sentí cómo mis músculos empezaban a relajarse, y la mujer me ayudó a incorporarme con dulces palabras de ánimo. No podía evitar sentirme avergonzado... ¿Qué primera impresión debía de haber dado?.



Pérez no perdió tiempo en interrogarme sobre lo que me había pasado, pero aún no podía pronunciar palabra. Por suerte, la mujer respondió por mí: dijo que eso ahora no importaba. Luego me miró y me preguntó si me importaba dejarle mi abrigo para no llamar mucho la atención. Antes de dárselo, la observé con más detenimiento. Debía de tener mi edad, o poco más (sin contar los años como no-vida). Llevaba ropa antigua pero sencilla, como de los años veinte, y su acento dejaba entrever que probablemente venía del norte de España.

Pérez se encargó de las presentaciones:

—La señorita Cubillo. Y tú, ¿cómo habías dicho que te llamas, chavalín?

Es verdad. Hasta ese momento no me había preguntado por mi nombre. Con la garganta seca y en un hilo de voz, logré decirlo en alto.

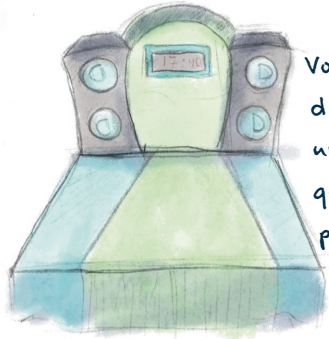
—Un gusto conocerte, Manolo. Puedes llamarme Ana. Sé que eso de “señorita” y el apellido ya no se estila mucho.

Después de eso, Ana me explicó lo que Pérez ya sabía, para que yo también me enterara. Una semana atrás, un representante de Indi Textalia se había puesto en contacto con ella y con Goyito, el otro espíritu del edificio, ofreciéndoles un trato: a cambio de formar parte de una campaña de marketing, les darían dispositivos electrónicos y una forma de salir del edificio sin desvanecerse. Ana decidió pensárselo, pero Goyito aceptó en el acto. Desde entonces, se pasaba el día entero sumergido en su iPad. Su comportamiento cambió y dejó de verla. Aunque hubiera vivido más de ochenta años como fantasma, seguía siendo un niño. Estaba preocupada por él. Habían pasado mucho tiempo juntos y no sabía

cómo iba a soportar la eternidad si algo le pasaba.

Lo que más me llamó la atención fue ese detalle de que les prometieron salir de su punto de origen. Seguramente también se acercaron a hablar con el demonio relojero, y por eso desapareció. La nueva cuestión era:

¿cómo lo estaban consiguiendo?



Volví a dejar entrar a Pérez en mi mochila y nos dirigimos al escenario principal, donde había una cuenta atrás gigante que indicaba que quedaban 17 minutos para el gran anuncio. La presencia de Ana me hacía sentir más tranquilo, en el sentido de que ya no necesitaba fingir que no me daba cuenta de mi propia soledad.

—Lo único que no tiene solución en esta vida es la muerte —dijo Ana.

Sus palabras me atravesaron el pecho como una flecha. Intenté seguir la conversación como si no fuera conmigo, pero sabía perfectamente que lo decía por cómo había estado hace un momento. Me empezó a contar su historia: que había venido desde Bilbao buscando paz en su vida, pero al darse cuenta de que aquí tampoco podía disipar su tristeza, decidió ponerle fin en ese mismo edificio a todos los sentimientos que le generaba estar viva. Pero terminó recibiendo una eternidad de arrepentimiento.

El estar durante tantos años en una oficina le hizo darse cuenta de que la vida humana no era tan larga. La bolsa caía y subía, las crisis comenzaban y nunca terminaban, todos los años salía una nueva noticia de que el fin del mundo estaba cerca... pero nunca llegaba. Cuando observas durante tantos años, te das cuenta de que nada es tan duradero como parece. Ella ya no podía contribuir al avance del mundo, pero al menos se alegraba de haber podido hablar con alguien que todavía podía.

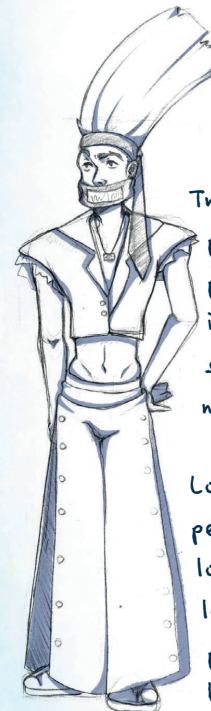
No me dio mucho tiempo para reflexionar sobre sus palabras, porque al llegar el contador a cero una bocina sonó a la vez que un montón de confeti caía del techo. La gente chillaba como loca y agitaba sus barritas luminosas, esas que nos dieron en la entrada. De repente, Ana se llevó las manos a la boca para soltar un grito de ánimo y empezó a dar pequeños saltos mostrando su entusiasmo.



Yo, nervioso por si llamaba demasiado la atención y alguien se fijaba en qué tenía un fantasma a mi lado, me abalancé sobre ella, haciendo que ambos nos desestabilizáramos. Pero cuando volvimos a fijar los pies en el suelo, no pudimos evitar soltar una carcajada al unísono.

La verdad es que Ana me hacía sentir muy cómodo, cosa que no me solía pasar con casi nadie.

El espectáculo comenzó. Los presentadores me sonaban de haberlos visto en algún vídeo, pero no terminaba de ubicar quiénes eran. Indi Textalia estaba sentada en una especie de zona VIP al lado del escenario. Supongo que le habían recomendado no hablar, porque cada vez que lo hacía era trending topic en Twitter durante una semana, y no de una forma positiva. Es verdad que técnicamente era una persona normal, pero desprendía un aura extraña, al igual que un chico de peinado extravagante que estaba sentado junto a ella. Les saqué una foto para buscar luego más información sobre él.

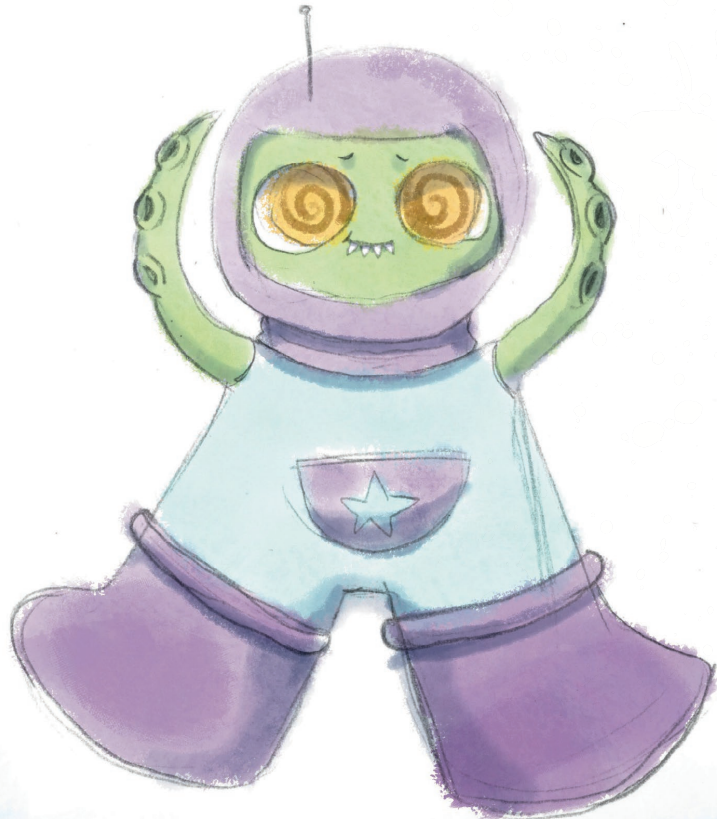


Los presentadores hacían lo posible por mantener el ánimo, pero este se iba resintiendo cada vez que anunciaban que lo siguiente sería revelar el producto misterioso, y en su lugar hacían un reto estúpido y metían entre medias mil promociones de los artículos de los patrocinadores. Llevábamos así más de una hora, hasta que notaron que ya no



conseguían animar a la gente ni con la canción del momento. Le hicieron un gesto a Indi Textalia. Ella había pasado todo el evento con el móvil en la mano o cuchicheando con el chico que mencioné antes, pero al final se dignó a levantarse de su asiento, sin que le faltara un gesto de molestia, se dirigió al escenario y le arrebató bruscamente el micrófono al presentador.

Entonces empezó a hablar. Dio un discurso sobre cuánto le encantaba la autenticidad de Madrid y cómo por eso se había inspirado en la ciudad para su nuevo negocio: Los Galaxi-Dreams, unos muñecos para pegar en el móvil y decorar la funda. Vamos, que de Madrid no tenían nada. Éran como unos monstruitos alienígenas de colores pastel y con purpurina en los ojos. Ella explicó que la idea le vino un día paseando por Madrid, cuando probó los caramelos de violetas, y su sabor la “transportó a otra galaxia”. Una excusa como las que ponía yo al presentar mis trabajos de Plástica hechos en menos de una hora.



—Ahora quiero que todos den un fuerte aplauso al nuevo embajador de esta idea, que irá de gira por todo el mundo... ¡ChikiGoyi!

De repente, en el escenario apareció un niño de color azul transparente. Miré a Ana, y si era posible, estaba más pálida que antes y con los ojos como platos. Lo que antes eran gritos y ovaciones se convirtió en un murmullo. Nadie sabía cómo reaccionar. Entonces el niño, sin levantar la vista de su teléfono móvil, alzó una de sus manos y la volvió completamente transparente. El murmullo se volvió silencio. Y el silencio estalló en una gran ovación de nuevo.

Nunca me hubiera imaginado que esa fuera la reacción al confirmar en directo la existencia de los fantasmas. Parece que los de San Ginés tenían razón: la gente está tan acostumbrada a ver a diario lo imposible a través de una pantalla, que ahora cualquier cosa que vean en directo ya no les impacta tanto.

Con aquel gran anuncio se dio por finalizada la presentación, y comunicaron que ya se podía comprar el producto en un puesto situado a la salida. Todo el mundo se volvió loco y empezó a correr en masa hacia allí. Todos menos Ana.

Ella seguía con los ojos muy abiertos, clavados en el punto exacto donde había aparecido Goyito. No me gusta demasiado el contacto físico, pero hice un esfuerzo por darle un abrazo. Noté cómo su pecho comenzaba a contraerse, y al separarme, vi que estaba llorando. Me sentí fatal, no sabía bien qué decir o hacer. Intenté calmarla diciéndole que no se la había visto mal, que si querían que Goyito era su embajador, seguro que lo tratarían bien... pero su preocupación no iba por ahí. Le angustiaba que lo trataran como a un mono de feria. Además, ese no era el niño



enérgico y hablador que ella conocía, en el escenario no había dicho ni una palabra.

El recinto se fue vaciando poco a poco, hasta que solo quedamos nosotros dos en medio del silencio. Entonces, noté cómo Pérez empezaba a moverse enérgicamente dentro de mi mochila. Como ya no quedaba casi nadie alrededor, y, después de lo que había pasado (todos habían visto un fantasma), dejó de preocuparse tanto por pasar desapercibido y salió con mucha menos discreción que antes. Rompió el silencio diciendo que tenía que irse, que había quedado con unas chatis por Chueca, pero que mañana seguiríamos investigando.

Ana me acompañó hasta la salida. Allí vimos el puesto de los Galaxy Dreams: los muñecos estaban en cajas sorpresa, así que no sabías cuál te iba a tocar. Eso hacía que la gente comprase más de una caja para conseguir el que querían.



Ana, todavía en silencio, me devolvió el abrigo. Total, ya qué más daba.

Ambos seguíamos callados, y para romper el hielo la invité a venir conmigo al tablao flamenco... olvidando por completo que no podía salir del edificio. Cuando me di cuenta, debí cambiar la cara drásticamente, porque ella, en lugar de molestarse por mi metedura de pata, dejó escapar una sonrisa con ternura.

—No te preocupes —me dijo—. Ya me iré recomponiendo... como te dije, lo único que no tiene solución es la muerte.

Nos despedimos con otro abrazo, y le prometí que volvería a visitarla.



Estaba siendo, sin lugar a dudas, el día más movido de mis prácticas (y probablemente el día más surrealista de mi vida), y aun así, por muchos mensajes que le mandara a mi supervisor, este no daba señales de vida. Una parte de mí me insistía en que siguiera investigando sobre Indi Textalia y el chico al que saqué la foto, pero había sido un día de demasiadas emociones y pensamientos. Solo quería desconectar. Aunque sabía que si volvía ya al lugar donde me alojaba, eso no iba a pasar.

Antes de dirigirme al tablao flamenco, me acordé de que Pérez había dejado mis cosas en el contenedor y fui a buscarlas, con la esperanza de que aún siguieran allí.

Mientras rebuscaba entre la basura, estaba tan concentrado en encontrar mis cosas, no me di cuenta de que mi alrededor estaba cambiando. Poco a poco, el sonido fue desapareciendo, los colores y la luz se fueron extinguiendo, hasta dejarlo todo como si fuera un boceto a lápiz sobre una cartulina negra. No fui consciente del cambio hasta que noté una fuerte luz detrás de mí. Me giré rápidamente, adquiriendo de golpe consciencia de cómo mi entorno se había transformado.

Delante de mí se encontraba un zorro de pelaje naranja y una cola peluda que terminaba en un azul brillante, que parecía fundirse con el fondo como una

llamarada de fuego. El zorro empezó a correr por la calle, haciendo que una fuerte curiosidad tirara de mí



para seguirle. Al girar la esquina, el zorro se escondió detrás de la que parecía ser su dueña. Era una mujer joven, en medio de la calle, que me miraba fijamente.



Antes de que pudiera reaccionar, se me adelantó diciéndome que sabía lo que estaba buscando y que tenía que lograrlo, porque si no, algo mucho peor de lo que imaginaba iba a ocurrir. Hizo un movimiento con su mano y una fuerza sobrenatural tiró de mí para acercarme a ella. Cogió mi mano y colocó sobre ella un puñal. Se acercó a mi oído y me susurró que, cuando llegara el momento, sabía qué hacer con él.

Su tacto se volvió frío y duro de repente. Cuando se separó de mí, sus vestimentas habían cambiado completamente: vestía un traje de manola antiguo y un velo cubría su rostro. La misma fuerza sobrenatural tiró con más violencia esta vez, separándome. Antes de que desapareciera, me pareció ver cómo su carne se desvanecía, dejando a la vista sus huesos.

Mi alrededor fue recobrando el color y la normalidad, y a mí me invadió una extraña sensación de tranquilidad. No tenía sentido con la experiencia que acababa de vivir, pero si no fuera porque el puñal seguía en mi mano, habría pensado que todo eso se trataba de un sueño.

Salí con paso ligero de la Calle Desengaño para volver a la parte trasera del edificio Fuencarral. No estaba muy lejos, pero



justo cuando llegué, vi cómo un camión de la basura estaba vaciando el contenido del contenedor. Ahora pienso que debí hablar con los basureros para que me ayudaran a recuperar mis cosas, pero en ese momento me bloqueé.



Me negué a volver a tener un ataque de ansiedad como el que había sufrido antes y me excusé pensando que, si mi responsable estuviera haciendo su trabajo, yo no estaría pasando por todo esto. Era su trabajo supervisar cómo estaba realizando mis prácticas, y no había aparecido desde que llegué al centro.

Finalmente puse rumbo al tablao flamenco con la intención de exprimir al máximo el 2x1 en chupitos que me había dado Nuño.

Había que entrar al local por unas escaleras hacia abajo. Era un lugar oscuro, con un escenario en el centro. El local estaba decorado con fotocopias pixeladas de imágenes que representaban a España desde la mentalidad guiri: corridas de toros, la feria de Sevilla, uno tocando una guitarra... y de menú, cinco tipos de pseudopaellas y una tortilla de patata.

Me arriesgué con una de las paellas por la que me prohibirían de por vida la entrada a Valencia, y para beber, una cerveza con la etiqueta decorada con un chulapo, aunque su procedencia era inglesa. La verdad es que el espectáculo estaba mucho mejor de lo que me esperaba al ver el local y probar la comida.

Cuando llegó el intermedio del espectáculo aproveché



para salir a tomar un poco el aire. El gentío que recorría las calles por el día ahora se amontonaba en los bares y restaurantes con la esperanza de que alguien terminara su cena para poder sentarse y disfrutar las últimas horas del día en compañía. Al ver tantos grupos de amigos me volvió a invadir ese sentimiento de soledad. Quizás lo mejor sería irme al apartamento a descansar para mañana. Al menos, cuando estoy ocupado con las prácticas, no suelo sobrepensar demasiado.

El problema es ahora, cuando llega la noche y no tengo energía ni fuerzas suficientes para poner mi atención en más quehaceres. Entonces, esta se pone en bucle, a repetir todos los errores del día o las cosas que me hubiese gustado hacer de otra manera: cuando me presenté a Pérez, cuando me hubiera gustado regañarle por haber tirado mis cosas, cuando dejé que Nuño me estafara 20 euros sin siquiera intentar regatearle, el no haber hablado con los del camión de basura, el no haber intentado conocer más a Ana... Casi podría enumerar cualquier cosa, porque en ese momento solo me salen autoreproches.

Me empecé a inquietar. Quería moverme, pero no sabía a dónde. Quería hablar con alguien, pero no tenía con quién. Quería hacer algo, pero no sabía el qué. El corazón me empezó a ir a mil, y al levantarme del poquete en el que estaba descansando, el mundo a mi alrededor se bajó de golpe. Dejé de tener consciencia plena de mis movimientos y unas náuseas horribles se apoderaron de mí.

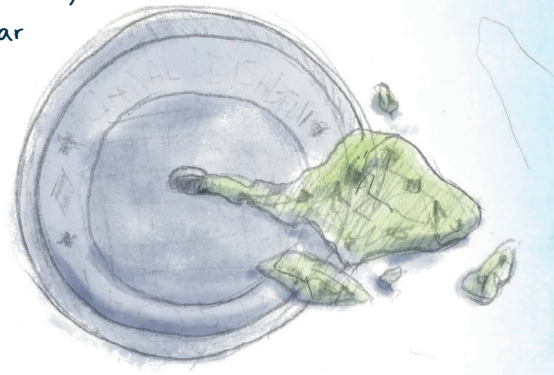
Pero esta vez no se trataba de una fuerza paranormal: el alcohol de los chupitos me había subido, y posiblemente la taquicardia habría ayudado. Como pude, cogí el teléfono para buscar la forma más rápida de llegar al metro y emprendí el camino, pero cada paso se me hacía un mundo.

El mareo aumentó tanto que ya no pude aguantar más las náuseas y, al girar la calle, lo eché todo.



Las lágrimas brotaron de mis ojos. Ya no soportaba más esa sensación.
Me sentía demasiado indefenso.

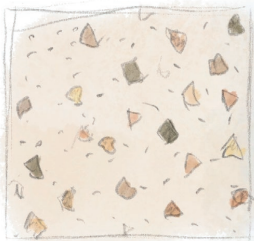
La vista se me empezó a nublar, y mis párpados pesaban cada vez más.
Las fuerzas abandonaron mi cuerpo y caí a plomo al suelo. Antes de
perder completamente el conocimiento,
no pude evitar una risita al pensar
que mi puta, de alguna forma,
seguramente había llegado a la
casa de Pérez.



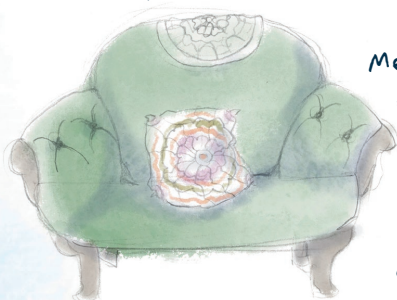
Lo primero que sentí fue un agudo dolor de cabeza y la lengua más seca y rugosa que un estropajo, con un sabor dulzón que venía desde lo profundo de mi garganta. Intenté abrir los ojos poco a poco mientras daba un par de vueltas en la cama. No tenía ni idea de cómo había llegado a mi apartamento, pero me alegraba pensar que al menos una cosa me había salido bien aquel día.

Como todas las mañanas, busqué a tientas mi móvil en la mesilla de noche, aún sin abrir los ojos, pero no logré palpar ni el móvil ni la mesilla. Eso me hizo abrir los ojos definitivamente. Tardé en enfocar, y mi dolor de cabeza aumentó por lo brusco que me entró la luz... No estaba en mi apartamento. ¿Dónde estaba?

Las paredes estaban recubiertas de gotelé y pintadas de blanco. El suelo era de baldosas de terrazo (esto que parece suelo salpicado de piedritas de colores). La cama en la que me encontraba crujía a cada milímetro que me movía, el cubrecama tenía un recargado estampado de flores, el cabecero era como de aluminio, y encima de este, un rosario de madera gigantesco. Las paredes estaban decoradas con cuadros al óleo de aves: lavanderas, patos reales, petirrojos, gorriones, mirlos...



No sabía muy bien qué hacer. Supongo que si me habían metido en una cama y dejado descansar, no sería alguien malo... pero por otro lado, ¿por qué no llevarme al hospital? Lo único que tenía claro era que necesitaba mi móvil.



Me levanté, acompañado de un esplendoroso crujir de los muelles, y me dirigí a la puerta de madera. Giré el picaporte y me asomé a ver qué había detrás. Salí a un salón del mismo estilo que la habitación, con unos sofás tapizados en terciopelo

verde oscuro, decorados con tapetes de punto. Había tres puertas más: otra marrón, una rosa y una blanca con cristal translúcido. De esta última venían sonidos de cacharros metálicos y pasos. Me acerqué con mucho cuidado y empecé a percibir un olor a pan caliente. Con la mano temblando, agarré el picaporte y lo giré.

Éra una cocina. No había nadie, pero ¡los utensilios se estaban moviendo solos! Antes de poder procesarlo, noté una presencia a mi espalda. Me giré rápidamente.



Éra una señora mayor, muy bajita, con un mandil de lunares.

—Pues al final te has despertado pronto. Los jóvenes de hoy en día están hechos unos vagos... —siguió farfullando cosas por el estilo mientras se metía en la cocina, arrastrando las zapatillas de andar por casa con pequeños pasos.

No tenía pinta de asesina en serie, pero no sé si era por el alcohol que aún tenía en vena, o qué, pero seguía viendo los utensilios preparar una tostada y un café solos. Poco a poco me estaba acostumbrando a este tipo de cosas.

Le di las gracias por haberme acogido y le pregunté por mi móvil. Eso último parece que la espantó: su rostro se arrugó aún más con una expresión de enfado y empezó a contarme que las ondas emitidas por esos teléfonos reformateaban la estructura cerebral, y que había tenido que meter el mío en una caja recubierta con argonita que le había comprado a un príncipe de Nigeria por internet.

A partir de ahí, enlazó con que el gobierno nos controlaba, y que el móvil no era la única vía: que los pájaros eran en realidad drones con cámaras para vigilar a la población. Su mayor argumento era preguntar-

me si alguna vez había visto a un polluelo de paloma. Y claro que no lo había visto. Si había tantas palomas, ¿dónde estaban los nidos? Claro, no tenían: eran creadas en laboratorios.



Yo también tuve mi momento conspiranoico a los 13 años, cuando creía que en el logo de Disney aparecía el 666, y que Michael Jackson seguía vivo haciéndose pasar por una mujer desfigurada por un incendio. Pero, según vas creciendo, te das cuenta de que todo eso son fantasías inventadas por la falta de conocimiento y la necesidad de una sensación de control, aunque sea a través de un gobierno en las sombras.



La verdad es que todas esas teorías me parecen entretenidas y con cierta gracia... hasta que te das cuenta de que tienen consecuencias reales: como aislar a personas de sus familias y amigos, arriesgarte a morir por no querer pisar un hospital, o empezar a odiar a colectivos que no hacen daño a nadie; o, como le pasaba a esta señora, gastarse un pastizal en objetos totalmente inútiles.

La magia que venden estas teorías es hacerte sentir especial. El despertar en un mundo de dormidos. Todos están engañados y tú conoces la verdad. Pero la realidad es justo la contraria: te alejas del mundo y de su verdad. Aunque bueno, yo ya no era un iluminado, y aun así no me encontraba en una situación muy diferente.



La señora volvió de lo que sería otra habitación con mi móvil envuelto en papel de aluminio. Me pidió que lo encerrara una vez estuviera lejos de su casa y decidí ser cortés. Cuando me estaba preparando para salir, me cogió del brazo y me pidió que esperase. En su otra mano llevaba un cuchillo. Me aparté

rápidamente.

—¡Pero si es tuyo, alcornoque! —me soltó en un grito chirriante.

Y era verdad. Era el puñal que me dio la Manola en la calle del Desengaño. Me lo puso en la mano y me contó que le había llamado mucho la atención el amuleto, por la potente energía que desprendía, y que por eso me había recogido de la calle.

Me ofreció leerme “la buena nueva”, y entonces caí en quién era esa anciana.

Se la conocía como la Bruja Agorera. En los documentos del Ministerio se contaba que era una bruja que llegó a Madrid huyendo de la Inquisición. Abrió su consultorio en lo que ahora



es la calle Núñez de Arce, y para pasar desapercibida no se le ocurrió mejor idea que decirle a un cura que un demonio le visitaría durante la misa del domingo... ya os podéis imaginar cómo termina la historia: con una barbacoa de bruja. Pero lo importante de su historia es que la liga a la ciudad como ente.

Nota sobre la diferencia entre fantasma y ente:

- Los fantasmas son personas corrientes que murieron en un lugar específico y no pueden salir de ese espacio.
- Los entes son criaturas ligadas a leyendas (como el demonio relojero o Pérez), y suelen tener más libertad de movimiento.
- Los fantasmas, con el paso del tiempo, pueden llegar a convertirse en un punto medio, donde adquieren más libertad (como los fantasmas de San Ginés).



Acepté que me leyera el futuro. Quizás me podía ayudar con el caso y darle sentido a todo lo que me ocurrió ayer. Me hizo sentarme en la mesa y me pidió que volcara sobre ella un saco lleno de huesecillos de diversos animales. Se quedó un rato observando y murmurando por lo bajini. Acercó uno de sus retorcidos dedos a uno de los huesos y, al tocarlo, los ojos se le pusieron en blanco y echó la cabeza hacia atrás.

—Al mozo Manolo la vida se le ha de torcer,

pues su alma de hombre habrá de perder

si quiere a Madriz del yugo defender

de los Cuatro Jinetes que vienen a caer:

Avaricia, Falsedad, Exceso y Voracidad.

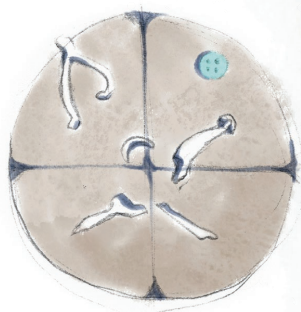
Su sino está escrito, no lo puede retroceder;

solo en la muerte lo ha de merecer...

Sus ojos volvieron a mirarme con normalidad y terminó diciéndome que mi hijo sería secuestrado y que contactarían conmigo por un número desconocido, pero que solo me querían sacar dinero... Tampoco hacía falta saber el futuro para eso, empezando por el hecho de que no tengo ningún hijo.

Empecé a repetirme una y otra vez la profecía en la cabeza para intentar entenderla, cuando la Bruja Agorera interrumpió mis pensamientos para preguntarme si sabía algún hechizo de protección. Definitivamente, lo iba a necesitar para esta misión.

Le conté que tenía unos cuantos en mi libro, pero que lo había perdido. En cuanto dije eso, su rostro adoptó la misma expresión de enfado que me había dedicado cuando le pedí el teléfono. ¿Cómo era posible que



hubiera perdido el libro!? Que si me rendía tan fácilmente, la ciudad no tenía futuro.

—Los libros son para aprender, pero una vez sabes, eres tú quien tiene que escribirlos —me soltó.

Le recordé que era un simple humano sin magia, y que necesitaba el libro encantado del Ministerio para que los conjuros funcionaran. Pero me explicó que estaba muy equivocado. Puede que fuera humano, sí, pero no un humano simple.

Hay varias formas de conseguir magia:



Magia propia no tenía, porque soy humano. Magia de amuletos era la que obtenía gracias a mi libro, así que solo me quedaba la magia prestada. Esta se consigue haciendo un pacto con una criatura, de la que obtienes poder a cambio de algo que ella desee.

Como demostración de su enseñanza, la bruja me propuso hacer un pacto con ella: parte de su magia a cambio de mi alma...

Es broma.

Me pidió que le resintonizara la televisión.

Pero como no tenía ni idea, tuve que alejarme un par de calles para encender el móvil y buscar en internet cómo hacerlo. También aproveché ese momento para escribirle a Pérez y quedar con él en media hora en el edificio de Fuencarral.



Callao

C. de Espoz y Mina

C. Montera

Gran Vía



Después de cumplir con mi parte del trato, le agradecí todo lo que había hecho por mí. Me había ayudado un montón a cambio de muy poco. Al despedirnos, me fijé en una nota amarga en su rostro. Me dijo que en su casa siempre sería bienvenido, pero lo noté casi más como una petición que como una afirmación. Creo que se sentía sola; debe de ser duro vivir tantos años sin compañía, notar que el mundo avanza a una velocidad mucho más rápida de lo que puedes procesar... Pero haría lo que estuviera en mi mano para ayudarla. De cierta forma, ahora estábamos conectados: había heredado parte de su magia, así que... ¿la podría considerar mi abuela? La verdad es que tener una bruja de abuela mola bastante.

Con la masterclass de magia, no me había parado mucho a pensar en la profecía. Me la había apuntado en la mano para no olvidarla. Vamos por partes:

“Al mozo Manolo la vida se le ha de torcer”.

Esta parte es fácil: mi vida va a cambiar a peor (si no lo ha hecho ya).

“Pues su alma de hombre habrá de perder

si quiere a Madriz del yugo defender”.

Supongo que habla de lo que estoy haciendo, investigar qué les está pasando a las criaturas, pero me parecía demasiado dramático. Solo se estaban volviendo virales en internet. A la semana, a la gente se le olvidaría todo ese follón...

Antes de darme cuenta, ya estaba al lado del edificio. Fui a la parte trasera como la vez anterior, para meter a Pérez en mi mochila y entrar a buscar a Ana.

Al entrar, aún seguían montadas algunas cosas del evento de Indi Tex-

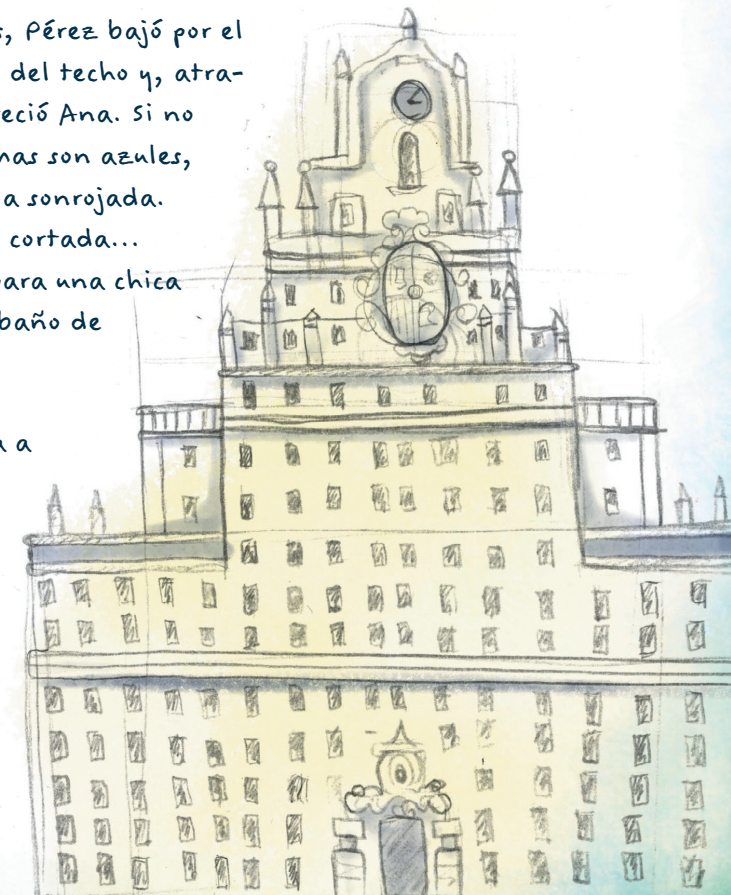
talia, así que el follón de los trabajadores recogiendo me vino de lujo para escabullirme. Me metí al baño: fue lo primero que se me ocurrió, ya que las plantas de arriba eran oficinas y la planta baja no tenía ningún espacio medianamente íntimo. Era mediodía y había como cuatro váteres más, malo sería que alguien se diera cuenta de que un chaval se había encerrado en uno. Eché el pestillo y abrí la mochila para dejar salir a Pérez.



Me empezó a contar que había descubierto cosas muy interesantes, a la vez que me regañaba por haber desaparecido toda la mañana. Pero antes de que continuara con uno de sus monólogos, pude cortarle para pedirle que fuera a buscar a Ana, así podríamos hablarlo todos juntos.

Al cabo de unos minutos, Pérez bajó por el conducto de ventilación del techo y, atravesando la puerta, apareció Ana. Si no fuera porque los fantasmas son azules, habría jurado que estaba sonrojada. Además, la notaba muy cortada... Quizás era complicado para una chica de 1934 meterse en un baño de hombres.

Parecía que Pérez se iba a poner a hablar, pero antes de que pudiera soltar palabra, empecé yo. Le conté mi historia. Al ver la sonrisilla de Pérez y la cara de preocupación de Ana, me di cuenta de que



quizás me tendría que haber ahorrado el detalle de que me puse tan pedo que me desmayé en la calle.

Me quedé en la parte de la profecía:

“Pues su alma de hombre habrá de perder
si quiere a Madriz del yugo defender”.

Ana coincidió conmigo en que se trataba del caso, pero entonces Pérez puntualizó que iba más allá. Antes de contarnos lo que sabía, me echó en cara no haberle dejado hablar, y nos explicó que @mr.devilman era trending topic porque se habían filtrado unas fotografías suyas con un aspecto muy deteriorado y una actitud totalmente diferente. Nos enseñó un vídeo donde salía desvariando (más de lo normal), poniéndose delante de la cama a susurrar cosas. De repente, se levantaba y daba vueltas por su habitación, repitiendo esa secuencia durante dos horas y media de grabación... Pues sí que había empeorado de repente la cosa.



Pérez siguió hablando sobre lo que había descubierto y nos contó que había investigado al del pelo-pincel, el que se había pasado todo el evento junto a Indi Textalia. Le apodan “Repre” porque es representante de un montón de artistas actuales. Al principio de su carrera tuvo varias movidas porque obligaba a sus artistas a cantar con autotune y a hacer playback en los conciertos. Incluso intentó cambiar las normas de Eurovisión para que sus artistas pudieran ir al festival. Lo último que se había hecho viral sobre él es que una de sus representadas había compuesto la letra de su disco entero con ChatGPT.

Él e Indi Textalia se habían unido junto a otros dos socios para formar una empresa... No estaba muy claro sobre qué. Cuatro socios, al igual

que los cuatro jinetes. ¿Casualidad?... No lo creo.

Empezamos a debatir cuál podría ser cada uno: Avaricia, Falsedad, Exceso y Voracidad.

Avaricia podría ser Indi Textalia, siempre inventando un nuevo negocio con el que sacar los cuartos a sus seguidores. Falsedad debía de ser Re-pre, por todo el tema del autotune. Solo faltaban los otros dos.

A Pérez le había costado mucho encontrar información sobre ellos. Solo había averiguado algo de una: Brutalissima, CEO de una empresa de construcción y dueña de una gran cantidad de edificios de alquiler en Madrid. Del cuarto no había ni rastro.



Ya solo faltaba la última parte de la profecía:

“Su sino está escrito, no lo puede torcer;

solo en la muerte lo ha de merecer.”

Estaba bastante claro lo que significaba, por lo que ninguno se atrevió a decirlo en voz alta. Desde que era niño no le tenía miedo a la muerte, incluso la había buscado en una ocasión... pero que llegara impuesta así, de sopetón, como en una tragedia griega... no podía negar que me daba miedo.

—¿Y ahora qué? —soltó Ana, rompiendo el silencio.

—Pues habrá que prepararse.



Y querido lector, tranquilo: dejaré otro cuaderno olvidado por las calles de Madrid para que puedas continuar mi historia.

